

Vinieron a buscarlo...

Llegué a mi casa, y la co-
cineira, que, entre parentesis es
muy salada, ^{es decir, que} digo, se echó
mucha sal a ^{comer} flaca ^{supra},
al puchero, a todo lujo
como, dejándolo frito co-
mo retama, se adelantó
a recibirme, llevando en
la siniestra una cebolla y
a medio picar y en la
diestra un cuchillo sin
cacha y me dijo:

- Primo, vinieron a buscar-
lo.

Debo advertir, que, aunque
humilde y pecador, hay
muchas gentes, que me
buscan, con diversos fines,
no todos satisfactorios,
por lo que desearia, que no
me buscasen tanto, asi
es que no me por brencio el
aviso y casi magnánimamente
pregunte:

- ¿Quién es? no, dijo su nom-
bre?

- No, niño. pero es un le-
ñero, de bigodito, vestido
de negro y con antiparras.

- ¿No, dijo, qué gracia?

- No, niño; nada más tóco:

- ¿Tan, tan!

Yo pregunté:

- ¿Quién es?

Se respondió:

- Ahí, la puerta y dije:

- Pase.

Y él preguntó:

- ¿No está aquí el señor...?

- No, señor.

- A qué hora viene?

- No tiene hora fija. A veces
viene a las ocho.

- Bueno, dígame, ¿qué es-
ta buscando?

- ¿Cuál es la gracia de Ud.?

- No me conoce, dígame, ¿qué

roy, del distrito federal. 3.

Y se fue a...

- Bastaba. - interrumpió, mal humorado, al pescar, de la paciencia que tengo a mi ~~compañero~~ vecino y a sus guisos salados. - Dejelo usted, él volverá.

Esto que les cuento, a ustedes, les pasaba al medio día; por la tarde, al llegar a la redacción del Chicotazo, me dijeron:

- Acabaron de venir a buscarme.

- Quién, eh?

- Pues... no, dijo su nombre es un señor de bigotito y anti-parras, vestido de negro.

Me quedé pensativo.

Ninguno de mis ingleses es de bigotito y anti-parras ni visto de negro que yo sepa.

y esto me tranquilizaba,
pero...

Yo soy muy curvado, i por
qué brota de, de cielo? y a
quello excitaba mis nervi-
os.

Al anochecer, fui de vi-
sita a casa, de un amigo
intimo, el cual me dijo:

- Hombre, me preguntaba
por hoy, que dia de te
hallabas en

- Quien de Monterrey

- Un señor de bigotito y an-
tiparras, vestido de negro.

- Malajo. y no te dijo su
nombre?

- No, dice que no lo cono-
ces.

Aquella noche no dor-
mí. Quien sería? Dios
mío, i por qué hay gentes
de bigotito y antiparras
que lo buscan ya como de

5.
esa manera. 8 Yo, como pud-
quier hijo, de vecino, tengo e-
nemigos. Me querían ase-
sinar. 8

Santo cielo! - exclamaba
¿habré cometido algún cri-
men y seré el del bigotito
un agente de la reserva
da?

Al día siguiente, la co-
cinera volvió a decirme:

- Acaba de verle el señor
del bigotito. Me dijo que
todavía no se levantaba
usted.

- Preciosa sangre de Cris-
to! ¡Que angustias!

Y al otro día, y al
otro, y al otro... Siempre
llegaba tarde ese sermón
ma de bigotito y antipa-
rias! Hoy es el aque-
sía y padecía insomnio
y me moría...

En la calle, al acercarse

me ci pona esquina, torcia
por el camino, teniendo una a
sechanga.

Hornia teniendo a la
mano un cuchillo, una
pistola y un mosquete que
fue de mi señor padre, y en
la reduccion, sobre la me-
sa, puse un gacete, ver-
dadado, con una lucas,
de encino.

A quello no podia seguir
asi.

Por fin, una tarde, es-
tando en mi casa, la
vecina entro a mi cuar-
to y me dijo anuncio:

El señor, del bigoti-
li.

Se me bajo la sangre a los
talones, cogi la pistola con
una mano, el mosquete
con la otra, afirme con
los dientes el cuchillo
y, revistiendo me de valor,

dijo, con voz casi ininteligible (por la emoción y por el cuchillo): que pase!

Momentos después, me hallaba frente a un hombre ciego maguístico, encorvado, de bigote negro y raído, levítico, el cual al ver mi actitud estuvo a punto de volver quepas y echarse a correr.

En aspecto me tranquilizó un poco y dejó el cuchillo y el machete, que clavó en la pistola.

— Hable usted, exclamé con voz tonante.

— Pero Señor, deje usted la pistola!

— Hable usted! me repetí a guiso herido.

Del del bigote curso

de rodillas y sollozando: 8

- Perdón! perdón!

- Ah! con que venia Ud.
a matarme!...

- No señor, por las siete
plagas!

- Cinco, querria usted
decir...

- Bien, las que usted
quiera!

- A que venia usted
entonces?

- A venderle, a usted
esto

Y me alargaba un
libro:

- Me dijeron que bus-
caba usted el un ejem-
plar.

- Y si, adentro hay
incido frisco. Asi es
usted un Fraile, un
Judas?

- Oh señor, soy evangelista
tú y vendo ~~libros~~ además
libros mejores. Ese vale
cuatro reales.

- Ah! juicio...

- Si señor, el juicio es
pronto de Eugenio Sue.

Una vez tranquilizado,
me volví loco de sus-
to y estrechando la mi
cabeza entre mis bra-
zos exclame:

- Si, si se lo compro,
tenga usted.

Y le puse el tos con en
la bolsa del chaleco.

El del bigotito se esca-
prio, de entre mis bra-
zos y calio, a todo apri-
eta.

Y yo me arrodille para
cantar un Te Deum. Ferrara
animas.